

## La sociología de la ciencia

Robert K. Merton, *La sociología de la ciencia. Investigaciones teóricas y empíricas*. Introducción y recopilación de Norman W. Storer. Alianza Universidad, 2 vol., Madrid, 1977.

Marcos Winocur

Creemos tener algo que ver con la *ciencia* y sabemos que en algún lugar remoto existe algo que se llama *sociología*. O viceversa. El hecho es que de pronto alguien ha amalgamado a ambas, obteniendo como resultado la *sociología de la ciencia*. Este alguien es nuestro autor, Robert K. Merton, quien presentó el producto a la comunidad científica alrededor de treinta años atrás. Desde entonces las inevitables escuelas se disputan por dar la definición apropiada de sociología de la ciencia. Por nuestra parte, para ilustrar el concepto, nos remitiremos a las circunstancias históricas que hicieron propicio su nacimiento.

Desde la segunda Guerra Mundial (1939-1945) quedó claro que tanto vale un científico como un estratega militar. Los submarinos alemanes, que tanto daño hacían a la flota inglesa, no fueron frenados por ningún almirante Nelson sino por el radar. Y la carrera nuclear, como es sabido, se desató durante la segunda Guerra Mundial a partir del frustrado empeño alemán por fabricar la bomba atómica. En este capítulo es donde la Historia hace descender a Niels Bohr de las especulaciones teóricas que plantea la física de las partículas para convertirlo en sujeto de una apasionante aventura de guerra: huye de manos de los alemanes en operación comando montada por los ingleses, a cuyas filas se pasa armado de su conocimiento teórico y de preciosa información. Robert Oppenheimer es el próximo héroe de esta historia como padre de la bomba atómica, fabricándola para los Estados Unidos después que Albert Einstein, en célebre carta, alertara la conciencia del presidente Roosevelt.

Con hechos de tal magnitud a la vista es lógico acceder a un replanteo del puesto que en la sociedad ocupa el científico, tanto en la gama de oportunidades de trabajo que en adelante se le brindarán como en el estudio de sus patrones de conducta. De ello precisamente se ocupa la sociología de la ciencia. Y a esta causa se debe la pluma de nuestro autor, Robert K. Merton, en escritos a partir de los cincuentas.

Su libro *La sociología de la ciencia. Investigaciones teóricas y empíricas* fue publicado inicialmente en un volumen. La editorial española lo entrega a nuestros lectores separado en dos volúmenes. Es de las contadas ocasiones en que una editorial sabe lo que hace con un libro. En efecto, del primer volumen se puede prescindir totalmente. El segundo volumen, en cambio, al analizar los nuevos patrones de conducta del científico, lleva incluso a motivar reflexiones propias en el lector. Veamos una de las situaciones planteadas.

Contrariamente a lo supuesto, los descubrimientos científicos son alumbramiento de múltiples inteligencias y sólo excepcionalmente reconocen único autor. Así, los casos Newton-Leibniz para el cálculo infinitesimal o Darwin-Wallace para la evolución de las especies por selección natural, se integran a una abrumadora estadística de descubrimientos de múltiples autores. Y el fenómeno se agrava con los tiempos. La comunidad científica de hoy es la mayor en número que jamás haya existido. Luego la competencia es también mucho mayor.

En fin, cualquier persona que investigue se enfrenta a una alta probabilidad: que por lo menos otra persona esté investigando lo mismo en alguna parte del globo. La resultante sobre el ánimo del científico es negativa. El primer puesto, esto es, el del descubridor, aparece como meta inalcanzable y el esfuerzo como inútil. Esto se juzga como alteración unilateral del sistema de recompensas acordado con la sociedad, donde el científico venía a ser el niño consentido. El aspirar a la primacía tuvo siempre sus riesgos. Ahora es absolutamente aleatorio. El científico siente por un lado que se le hacen trampas y por el otro no puede dejar de participar en la maratón de los tiempos tras su cuota de prestigio. Esa ambivalencia, sostiene el autor, hace a la definición contemporánea del científico.

Naturalmente, aquí hay para objetar. Habrá quienes piensen que la demanda social ha sido canjeada por un factor individual, la caza de la primacía. Y recordarán cómo la revolución industrial inglesa del siglo XVIII clamaba por la caldera a vapor, esto es, por el descubrimiento de una nueva fuente de energía, lo que así vino a ocurrir. La caza de la primacía, sin embargo, al venir inserta dentro de un sistema de recompensas, lleva su parte social... **Es a discutir.**

De todos modos, Robert K. Merton es fuertemente sugerente. Cualquier investigador, cualquier científico no perderá su tiempo haciendo un alto en la labor cotidiana para recorrer las páginas de sus mejores escritos, algunos aquí recopilados. De su actuali-

dad no caben dudas. Citando dos ejemplos en voces tan disímiles como las revistas de circulación internacional *Mundo Científico* (edición española de *La Recherche*) y *Ciencias Sociales*, ambas se ocupan recientemente de la problemática y del autor.<sup>2</sup> Lo hacen en forma crítica, es cierto. Pero de eso se trata: el hecho que a treinta años de sus primeros escritos se siga discutiendo en torno a Robert K. Merton, ¿no es prueba de una obra que, al dar "el alerta" sobre cambios sociológicos se ha hecho contemporánea y, en consecuencia, le son perdonadas sus caídas en las tentaciones de la teoría sociológica?

<sup>2</sup> Abel Guggenheim, *Cuando los sociólogos estudian la literatura científica*. En: *Mundo Científico (La Recherche)* núm. 20, vol. 2, Madrid, 1982, pp. 1224-1227; Mijail Yaroshevski, *El círculo de oponentes y el descubrimiento científico*. En: *Ciencias Sociales*, Academia de Ciencias de la URSS, núm. 4(58), Moscú, 1985, pp. 73-87.